



Filosofía de la técnica y de la tecnología

Luis Carlos Martín Jiménez
Pentalfa, Oviedo, 2018, 349 páginas

Por **Carlos M. Madrid Casado ***

Filosofía de la técnica y de la tecnología comienza subrayando que Prometeo tiene muchos nombres, que la técnica se dice de muchas maneras y que, por ello, la filosofía no puede darle la espalda. Aunque la técnica es consustancial al hombre desde sus orígenes, la mayoría de filósofos no han vuelto sus ojos hacia ella hasta que la tecnología cambió radicalmente la faz del mundo en los dos últimos siglos. El eclipse de Prometeo durante aproximadamente dos milenios, desde Grecia, está detrás, a juicio del autor, del mito de la técnica, es decir, de su concepción unas veces como salvadora de la humanidad y otras veces como monstruo incontrolable, frankensteiniano.

309

A fin de analizar la génesis y la estructura de la técnica y de la tecnología, el libro se organiza en dos partes. En la primera, titulada “Gnoseología de la técnica”, el autor parte de la pluralidad de técnicas y busca regresar a una idea (filosófica) de técnica. El trámite gnoseológico empieza acercándose a los análisis de la técnica realizados desde las ciencias humanas.

La etimología indica que el término griego *téchne* designaba el saber hacer de un oficio, de un obrero en general, aunque con la aparición del término latino *ars* se produjo una primera reordenación de las artes en liberales y serviles (o mecánicas),

* Fundación Gustavo Bueno, España. Correo electrónico: cmadrid@fgbueno.es.

una distinción que, desde la Antigüedad y cruzando todo el Medievo, subsistió hasta la Modernidad. El profesor Martín Jiménez muestra, con textos entresacados de autores hispanos de los siglos XVI y XVII, cómo la división fue haciéndose porosa y con ello se acercó el fin del eclipse de la técnica que se inició en Grecia. El problema es que las ciencias humanas están lejos de decirnos en qué consiste la técnica: mientras que la etología ha borrado las diferencias entre hombres y animales al apuntalar que hay culturas animales, la antropología ha pretendido levantar nuevas barreras. El autor revisa las obras de V. Gordon Childe y A. Leroi-Gourhan, quien señalaba al fuego —junto a los útiles— como criterio de humanidad, y pone de relieve cómo desbordan el campo etnológico para adentrarse involuntariamente en la filosofía de la ciencia. Algo parecido ocurre con historiadores de la técnica como Benjamin Farrington o Lewis Mumford, ya que sus reconstrucciones históricas están atravesadas de ideas filosóficas.

Con el objetivo de clasificar sistemáticamente las diferentes filosofías de la técnica que se han formulado, tras descartar las clasificaciones propuestas por Carl Mitcham o Mario Bunge por no ser exhaustivas, Martín Jiménez propone el cruce de tres criterios dicotómicos: uno gnoseológico (sobre si la filosofía de la técnica en cuestión considera o no a la técnica como un preámbulo ineludible para la ciencia), uno ontológico (relacionado con si se abstraen o se toman en cuenta las diferencias específicas entre técnicas) y, finalmente, uno axiológico (sobre si se concibe la técnica como generadora o degeneradora del campo antropológico).

310 El cruce de estos tres criterios arroja ocho modelos que pueden recorrerse históricamente: 1) la idea griega de la técnica como imitación o mimesis de la naturaleza; 2) la idea cristiana de la técnica como arte servil; 3) la idea prometeica de técnica que surge con los imperios atlánticos y la Revolución Científica (Vico, Bacon); 4) la técnica como proyección orgánica (digestión-hornos, circulación-carreteras, etc.) de Ernst Kapp, quien acuñó el rótulo “filosofía de la técnica” en 1877; 5) la técnica como automatismo, una idea canonizada por la literatura y el cine; 6) la técnica como acontecimiento determinante de una época (Spengler, Heidegger); 7) la técnica como ortopedia humana de Ortega, presente también en filósofos de orientación marxista y en Bernard Stiegler; y 8) una idea dialéctica de técnica que, ateniéndose a las morfologías técnicas concretas, sostiene que las técnicas son el camino a las ciencias y el germen del ser humano y su mundo.

Martín Jiménez apuesta por esta última idea de técnica y encuentra un precedente en la filosofía de la técnica de Juan David García Bacca, que señalaba al técnico como el ontólogo de nuestro tiempo, llegando a afirmar que Fermi era mayor ontólogo que Heidegger. Para desarrollar esta idea de técnica, el autor se apoya en la teoría del cierre categorial de Gustavo Bueno, porque la idea de técnica forma parte de las costuras de su sistema filosófico, ya que Bueno levantó la ontología del materialismo filosófico a partir de las diferentes materias determinadas técnicamente.

Desde estas coordenadas, Martín Jiménez se detiene en mostrar los vínculos generatrices entre ciencia y técnica: las técnicas son el *dator formarum* de las ciencias; porque producen sus contextos determinantes, es decir, las construcciones o los aparatos que posibilitan el establecimiento de las verdades científicas (desde la

circunferencia en la geometría euclídea al telescopio o la balanza de torsión en mecánica). Los nexos causales que determinan las técnicas son la base de las relaciones que posteriormente establecen las ciencias. Por otra parte, mientras que las técnicas se sitúan en el momento anterior a la constitución de una ciencia, las tecnologías se sitúan ya en un momento posterior, puesto que presuponen ciencias en marcha en que se apoyan.

Para el autor, sin técnicas no habría “hombre” ni “mundo”, porque las bases de nuestro mundo-entorno se gestaron en los cuatro mil años antes de nuestra era (gracias, entre otras técnicas, a la escritura alfabética que vertebra estas páginas). Precisamente, esta última observación da paso a la segunda parte del libro, titulada “Ontología de la técnica”. Para responder a la cuestión de la unidad y la distinción de las técnicas, el profesor Martín Jiménez recurre a la idea escolástica de analogía: la idea de técnica sería una analogía de atribución, entre las que cabe contar las técnicas animales, pero cuyo analogado principal serían las técnicas humanas, que conforman una pluralidad irreductible entre sí aunque con significativas intersecciones en su desarrollo (por ejemplo, el cruce de las técnicas térmicas con las técnicas mecánicas, patente en la máquina de vapor, posibilitó la Revolución Industrial).

Lejos de hacer un discurso metafísico, el autor se interesa por la partida de nacimiento y el curso evolutivo de las técnicas mecánicas, térmicas, electromagnéticas y gráficas. Con respecto a las tres primeras clases de técnicas, Martín Jiménez se esfuerza en mostrar la continuidad esencial entre estas técnicas y ciencias posteriores como la mecánica, la termodinámica y el electromagnetismo, indicando en cada caso un núcleo: las máquinas con uno o más ejes en las técnicas mecánicas, ligadas al movimiento; los hornos (en sus diferentes especies: horno metalúrgico, máquina de vapor, horno termonuclear) en las técnicas con el calor; y los instrumentos relacionados con el trabajo óptico con la luz y con el campo electromagnético en las técnicas electromagnéticas, incluyendo aquí los aceleradores de partículas y la televisión. Pero cada una de estas técnicas comporta, aparte de un núcleo, una corteza, donde encontramos ciertos mitos desprendidos al compás de su desarrollo. Por ejemplo: la visión de Dios como relojero del Sistema del Mundo o del *Big Bang* como horno primordial.

Probablemente, la disección que el autor realiza de las técnicas gráficas sea uno de los puntos más originales del libro. Martín Jiménez subraya que el eclipse del momento técnico-gráfico en la ciencia ha procurado bastantes errores en su concepción, dando lugar a las especulaciones sobre un cosmos regido matemáticamente. La primera ciencia, la geometría griega, quedó sepultada por la potencia de los teoremas que generó, olvidándose que proviene de la manipulación corpórea de grafos, de formas pintadas; porque el geómetra es —a juicio del autor— una suerte de escriba.

Martín Jiménez distingue varias especies de grafos. Primeramente, los grafos fijos de anverso, que aparecen en el anverso de cuerpos opacos (tablillas de barro, papiros, etc.). Aquí nos encontramos con los grafos glóticos de la escritura, que descompone y reconstruye el habla a otra escala, permitiendo escapar del fluir

temporal de la oralidad. Pero también nos encontramos con las figuras geométricas (rectas, triángulos, etc.) y los grafos aritméticos (los numerales). De hecho, el autor explica la inconmensurabilidad entre la aritmética y la geometría pitagóricas atendiendo a la diferencia que media entre dos técnicas con grafos muy distintos: unos discretos (las cifras aritméticas) y otros continuos (las líneas geométricas).

Una segunda especie la forman los grafos móviles de anverso, tal y como quedan grabados en el anverso de cilindros y discos que se reproducen mediante su movimiento en el fonógrafo o el gramófono. Y una tercera especie la conforman los grafos móviles de reverso, como los que el tubo de rayos catódicos proyecta desde el interior sobre la superficie traslúcida del televisor.

En las conclusiones del libro, Martín Jiménez sostiene, al igual que Mumford, que la guerra o, mejor dicho, la dialéctica de Estados ha sido —para bien o para mal— el principal propagador de la máquina. Basta pensar en el descubrimiento de América, en las guerras mundiales o, como contraprueba, en el estancamiento de la técnica en Roma (que pudo deberse a la ausencia de una dialéctica de Estados, una vez consolidado el Imperio Romano tras las guerras púnicas).

Filosofía de la técnica y de la tecnología es, en suma, una defensa del filósofo como ingeniero de las ideas, así como de la necesidad de una vuelta platónica a la caverna, es decir, de que la filosofía sea —por así decirlo— un saber de cara a la galería, a las técnicas en general.